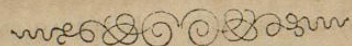


## ECONOMÍA DOMÉSTICA.



### TINTES PARA LANA.

Un cocimiento de corteza de roble tiñe la LANA de pardo oscuro mas ó menos subido, segun la cantidad que su emplee: una infusion de cáscaras de nueces tambien tiñe de pardo; mas antes de aplicar lo uno ó lo otro es menester remojar bien la lana en una solucion (*desleimiento*) de alumbre y agua, para dar brillo al color.

Para tinta encarnada hiérvase la tela de lana en un baño de rubia (planta que se halla en las boticas), enjuagando antes la lana en agua de alumbre, ó si se quiere para púrpura, empléese en lugar de alumbre un baño de acetate de hierro: las tintas encarnadas se dan tambien con grana, palo del Brasil, etc.

Para tinta azul, hiérvase en una lejía de palo de Campeche, en que se haya mezclado una corta cantidad de vitriolo azul ó romano (llamado tambien vitriolo de Chipre ó sulfato de cobre), empleándose el baño de alumbre en los otros casos.

### EXCELENTES MACARRONES.

Tómense los MACARRONES, hiérvanse en leche, y ya que estén bien tiernos escúrreseles el líquido, es decir la leche; pónganse en el plato que se intente mandar á la mesa, arrimense junto á la lumbre mientras se les unta mantequilla por encima, cubriéndose luego la superficie de ellos con queso de Parma rallado, hasta levantar cosa de una pulgada. Hecho esto, pónganse en un horno por diez minutos antes de que vayan á la mesa.

Hay otro modo de condimentarlos, el cual consiste en ponerlos á cocer en caldo de ternera, cubrirlos con queso rallado y cubrir este con cortezas de pan; luego derítase bien una poca de mantequilla, viérase por entre una coladera de barro por encima de las cortezas del pan y pónganse los MACARRONES así preparados, á que se doren en un horno. Por via de mejora puede agregárseles la yema de un huevo, batido con leche y mantequilla.

### QUESADILLA DE MANZANA.

Móndense doce MANZANAS chicas y gruesas, cuézanse hasta que queden muy blandas, pásese la pulpa por un cedazo y endúlcese con azúcar, al paladar. Espésese inmediatamente media azumbre (dos cuartillos) de leche fresca, con barina fina; bátanse ocho huevos con una poca de nuez moscada rallada, macias en polvo, una cucharadita de sal y un vaso (de los de tomar vino) de aguardiente, revolviéndose bien todo. Póngase la sartén en la lumbre y luego que esté muy caliente derítasele dentro una cuarta de libra (cuatro onzas) de mantequilla; póngase el batido (es decir la mezcla hecha con la leche y la harina, los huevos, la nuez moscada, las macias, la sal y el aguardiente) en la sartén, en porciones separadas de cosa de dos cucharadas cada una; póngase una cucharada de la pulpa de manzana en cada porción, cubriéndose con dos cucharadas mas de mantequilla. Rállese por encima azúcar y sírvase el platillo con limon fresco.

## TORMENTA Y TORMENTOS.

Honrarás á tu padre y á tu madre.—DECALOGO.

### (IMITACION.)

#### CAPITULO I.

##### HUMILDAD Y RIGOR.

**PADRE!** ¡padre! ¡Piedad! ¡piedad por amor de Dios!

—¡Maldita seas!

—¡Misericordia, por Dios!

—¡Fuera de aquí, maldita! ¡No me has emponzoñado en pago de la vida que me debes? ¡No has colmado mi altivez de bochorno? Yo que tan entrañablemente te he querido, yo que me he visto siempre en tí, ¡no me veo el dia de hoy hecho el objeto de las hablillas de los ociosos, por tu causa? ¡Maldita seas, Soledad Pantoja! Una y mil veces maldita seas!

Y don Pedro Cisneros dicho esto, dió treguas á sus imprecaciones y denuestos, rendido por su propia ira; rendido, sí, temblándole los labios, enardecida la sangre al punto de subírsele hasta la raíz de los blancos y escasos cabellos que colgaban sobre su maciza frente con su robusto tronco inclinado como una débil caña, al ímpetu de la pasion de la ira.

—Padre, ¿no ha sido suficiente mi amargo y constante llanto, mi congoja de todos los dias para borrar la mancha de mi desobediencia? ¡No me ve usted, padre mio, arrastrarme á sus piés y pedirle de

rodillas, con el llanto de mis ojos y con el arrepentimiento de mi corazon, no ya, padre mio, el amparo que no me atrevo á esperar, sino el perdon que no niega Dios ni á la mas vil de sus criaturas? ¡No sabe usted muy bien, señor, que he penado tanto que ya hoy no miro la vida mas que como una maldicion, un remordimiento sin fin? ¡No basta con eso todavía, padre de mis entrañas?

—¡Permita Dios que se sequen tus labios cuando proferas la palabra "padre!" ¡Largo de mi presencia!

—¡Dios misericordioso!

—¡Fuera! ¡fuera, digo, de los umbrales que has abandonado! ¡Fuera del techo que has deshonrado! ¡Permita Dios que la memoria de la desdichada y santa mujer que te cargó en su vientre y á quien tu ingratitude quitó la vida; quiera Dios que el miserable viejo á quien has dejado sin esposa y sin hija, solo y abandonado en el mundo y cuyo amor has convertido en odio, odio mortal y eterno te atormenten á todas horas y por toda tu vida el corazon, y envenenen siempre tu maldita existencia! ¡Fuera, fuera de aquí!

—Pero ella no se movia. Allí se estaba ella, postrada, echada por tierra, enterrada entre los largos pliegues de su cabello,



las negras matas que él, él mismo había tantas ocasiones peinado amorosamente con sus dedos, recreándose en su hermosura; allí se mantenía ella postrada, tirada por tierra como cuerpo muerto, y cadáver sin duda se le habría creído, á no ser por los largos y lastimosos sollozos que de vez en cuando partían con tal fuerza que no parecía sino que anunciaban los postreros gemidos del alma que se arrancaba.

Y allí también, en pie delante de ella se mantenía el severo anciano, cruzados los brazos ante su anchuroso pecho, comprimido su descolorido labio, y duro como el hierro fundido, y clavados los ojos sin pestañear en la postrada criatura.

En torno de él veíanse las pruebas notorias de su riqueza.

La fuente de mármol despidiendo su blanco chorro y derramando su plateado raudal por entre exquisitas y lozanas plantas, cuya fragancia trascendía por todas partes; el rico y suntuoso cortinaje de las macizas ventanas; el brillo y lucimiento de los dorados y ataraceados carruajes; los vistosos y elegantes colores de las gruesas y anchas alfombras; la suave y amorosa luz de la trasparente lámpara, meciéndose blandamente en un cielo raso pintado al fresco; y la hija única del hombre poderoso yacía tendida en medio de tanto esplendor que había sido suyo, con una traza miserable, empolvada y casi andrajosa, minada por la necesidad y los trabajos y sin mas gracia personal que las exuberantes trenzas de su finísimo cabello azabachado.

Don Pedro Cisneros mantuvo su vista clavada en ella: tal vez se agolparon á su mente las reflexiones á que no podía menos de dar motivo aquella escena, aquel espectáculo de tanto bienestar junto á tanta congoja; pues de pronto se desarrugó un tanto su entrecejo, y su voz, al volver

á tomar la palabra, fué un tanto menos iracunda.

—¡Soledad!

Al punto levantó Soledad sus ojos; en aquel rostro macilento viéronse revolverse con indecible afán aquellos ojos desencajados, en que brillaba una expresion ora de esperanza, ora de duda, capaz de ablandar el corazon mas empedernido, con tal que no fuera el del anciano.

—Cuando dejaste mi casa, donde nada te faltaba, y mi corazon, que tú sola ocupabas; cuando dejaste todo esto por un bellaco, te maldije yo, Soledad Pantoja. Sin embargo, estoy dispuesto á desdecirme, quiero levantarte mi maldicion; no me negaré á recogerte del fango en que tan por tu voluntad te has metido. Mira, Soledad; mira mis brazos abiertos para recibirte en mi seno.

—¿Y Pantoja? murmuró ella jadeando y siempre postrada.

—¡Condenado sea!

Estremeciósela toda, pero no profirió una palabra.

—Mira, susurró el anciano agachándose y levantando el cuerpo de ella del suelo y hablando con bondadoso acento, pero descubriendo una expresion en su mirar que caía mal con la suavidad de su acento; mira cómo otra vez te convidó con mi amor. Ya te estrecho contra mi corazon; ya aparte de tu cara estas brillantes ondas para que no me estorben el besar tus mejillas y tu frente como antes. Vuelve, hija; vuelve al seno del abandonado viejo que está muriéndose en medio de su lujo y su oro, y por falta no mas de un corazon que le consuele. ¡Soledad mia! ¡hija de mi vida! ¡mi hija única y preciosa! escucha la voz de tu difunta y desdichada madre que te ruega. Vuelve sobre tus pasos, vuelve á mí, á tu padre; abandona al villano que tantas angustias nos causa.

—¡Ah!... ¡no, no!

—¿No? prorumpió él con una suprema soberbia, empujando y tirando por tierra á la mujer que poco antes había puesto en pié; ¡pues vete de aquí, bestia! ¡Y cargue el infierno contigo y todo cuanto te pertenece!

De nuevo permaneció postrada y medio exánime ella: de vez en cuando se oía el ruido de su respiracion anhelosa y por debajo de sus blancos y anchos párpados se veían brotar, y correr poco á poco por sus mejillas, unas cuantas lágrimas gruesas y ardientes.

Cisneros se paseó un rato con rápido é impaciente ademán por el aposento, ora mirando de reojo aquella humillada criatura, ora entregándose á una profunda evagacion. Paróse de repente: asomó á sus labios una sonrisa amarga, pero con sosegado acento prosiguió:

—¿Con que te niegas á darme la prueba mas segura, la que te pido de tu arrepentimiento? ¡Bien! Ruegos, llantos, promesas... ¡todo no es mas que puro aire! Eso de súplicas y lloros y protestas no sirven mas que para enfadarme. Pero te queda todavía un recurso de persuadirme de tu verdad. Tienes una criatura, un niño....

Aquí hizo una pausa.

Ella dió un leve grito, púsose de un brinco en pié y clavó en él sus ojos sin parpadear, entreabiertos los labios, con la cabeza inclinada hácia adelante y manifestando una zozobra profunda, pero sin romper el silencio.

—Le sacaré de la cueva de vicio y prostitucion en que contigo está metido. Le recibiré en mi seno como recibiría á la que le trajo en su vientre. Pero ¡ójeme bien! nunca jamás ha de conocer á su madre. Júrame que nunca jamás han de pronunciar tus labios su nombre de él; júrame que has de mirarle como si fuera

hijo de persona extraña, que nunca nunca has de poner en su cara tus ojos. Júrame, júrame esto y condescenderé en perdonar siquiera al fruto de tu desobediencia.

Calló dicho esto y fijó en ella la vista, y quedósela mirando como el verdugo mira á la víctima cuya agonía quisiera inhumanamente prolongar.

Mas ella, dejándose caer de rodillas, asió azogadamente el vestido de él, después sus manos, luego la orilla de su bata de seda y los llenó de tiernos besos.

—Y tenía yo valor para creer que eras cruel, padre mio! ¡Tómele usted, tómese usted al precioso hijo de mi corazon! ¡Tómesele usted, padre, ahora que el inocente está puro, antes que le alcance la maldicion que arrastra su madre! ¡Tómele usted á su lado y colmaré á usted de bendiciones aunque usted me traiga debajo de los piés! Yo prometo rogar á Dios por usted, como nunca labio humano ha rogado, aunque cada palabra de la boca de usted sea una maldicion y un impropio. ¡Vuelva usted, padre de mi vida, á decirme lo que me dijo!

El anciano, que seguramente no contaba con que hubiera proferido la joven estas palabras, se quedó atónito, como dudando haber oído bien aquello que acababa de escuchar.

—Con que ¡tan pronto te conformas!

—¡Ay, sí! ¡Y bendito sea Dios que me ha prestado ánimo para conformarme!

—¡Acuérdate bien! nunca, nunca has de reclamármele. Nunca le has de oír llamarte madre; nunca has de mirar su tierna cara, ni has de recibirle en tu regazo ni has de sentir sus caricias ni sus besos.

—¡Por Dios, señor! ¡Por Dios, padre mio; basta de arrancarme las entrañas!

Cruel é inexorable cual era, el anciano



no pudo menos de sentirse ablandado á la vista de la amarga congoja de aquella desamparada criatura; pero quedóse callado, y una expresion de irresolucion y duda se asomó á su rostro. Su oferta fria é inhumana habíala hecho él por irrision, sin contar con que fuera aceptada, y sin estar él preparado á cumplirla.

—Mándame acá al muchacho, dijo al fin tras un rato de incertidumbre y lucha interior; mándame acá al muchacho, prosiguió señalando al mismo tiempo á la puerta del aposento; mándale norabuena, pero guárdate de aparecértenos para nada delante de mí ni de él. ¡Vete, vete ya de aquí!

Así hablando, empujóla con imperio hácia atrás. Y ella levantándose del suelo, recogió sus hermosas trenzas, escondió su cara con el *tápalo* y marchóse ardiendo en bochorno, mas con la sonrisa del mártir.

—¡Mire usted, mire usted! ahí va la Pantoja, la linda Pantoja, dijo un individuo que con otros se hallaba allí inmediatamente al tiempo que bajando la desdichada mujer el último escalon de la escalera de mármol de la casa, se despedía de esta para siempre.

—¿Y qué viene á buscar en casa de Cisneros? preguntó otro echándole encima los ojos á la jóven con una curiosidad que la espantó y le hizo avivar el paso.

—¿No se acuerda usted? ¡Vaya! es una historia bastante sabida, bastante añeja. ¿No se acuerda usted de Soledad Cisneros que se huyó con un *cirquero*, el buen mozo de Pablo Pantoja ahora cuatro ó cinco años, y que su padre desheredó por eso?

—¿Y nunca la ha perdonado?

—Qué, ¿ese pedazo de roca? ¡Quizás! Y no era la pobre mas que una muchacha descuidada, y consentida por remate de cuentas. Ahí donde ustedes la ven no pa-

sa de los diez y seis: la infeliz da mas lástima que otra cosa.

Soledad entre tanto, iba que volaba, cogiendo por callejones y callejuelas, para excusarse de la mucha gente y de toda persona decente, hasta que se vió delante de una casa grande y recién blanqueada, casa de vecindad á la cuenta. Colóse en ella, subió precipitadamente la escalera, tomó por el tramo de la izquierda, dejóse ir por el corredor, y allá en una piececilla muy interior metióse azogadamente dando de mano á la puerta. Luego que se vió allí dentro, dejóse caer sobre un carcomido taburete y sin despegar los labios quedóse mirando con extrañeza lo que en torno de sí habia, á saber:

Cuatro paredes oscuras y maltratadas;  
Un suelo de ladrillos gastados todos y salidos de su lugar los mas;

Un techo tendido de talarañas;  
Una tosca mesa anunciando ruina, sobre la cual se hallaba un farol en esqueleto, con un cabo de vela ardiéndole á una imágen de nuestra señora de la Soledad;

Una silla raquítica;  
Un decrépito aparador con unos cuantos platos de loza de Puebla,

Y un petate y algunos otros trebejos,  
Todo dando á conocer á las claras que allí la pobreza y el abandono estaban albergados de asiento.

Pero amen de lo que pormenorizado queda, veíanse tirados por el suelo, encima de la mesa y sobre la silla unas plumas blancas, encarnadas y verdes, adornos falsos, trajes descoloridos y guarnecidos de galones y cintas, y por último, el rostro del *cirquero*, ataviado con una vestimenta extraña pero no ridícula.

Era el dicho *cirquero* alto y esbelto, y la chaqueta azul galoneada de plata que traia pegada al cuerpo, con su tunicela franjeada y atestada de lantejuelas, el cue-

ro de gamo atado al rededor de su cintura, y las sandalias que le servian de calzado, acusaban en él una graciosa union de fuerza y hermosura. Sobre la mesa, delante del propio individuo se hallaba un gorro azul adornado con plumas; pero él tenia descubierta la cabeza, y encima de sus manos, sobre las cuales tenia inclinado el rostro, caian los suaves rizos de sus negros cabellos con una profusion femenil.

—¡Pablo!

Púsose él en pié de un brinco, y cogió entre las suyas la manecita que tan trémulamente habia caído sobre su hombro.

—¡Soledad! vida mia!

Sonrióle ella al jóven, probó luego á hablar; pero anudada la voz, agachó la frente, descansóla sobre la mano que asida tenia y prorumpió en llanto copioso cual amargo.

Quedósele él contemplando con la expresion, ora de una extraña y casi mujerial ternura, ora de una congoja suprema, revolviendo las órbitas de sus ojos en ademán de terror, como si quisiera y en vano se afanara por lograrlo, penetrar dentro del corazon de la angustiada mujer y arrebatar el secreto de su hondo dolor.

—Habla, Soledad, díjole al cabo con trémula é inmutada voz. ¿Te saliste con tu deseo? ¿Hay siquiera alguna esperanza? ¡Habla, habla por Dios!

Habló Soledad. Y apoyada la cabeza sobre el hombro de Pantoja contóle lo que habia pasado, rápidamente, en breves razones, como si cada palabra hubiera sido una puñalada cuyo mortal efecto hubiera querido abreviar.

Escuchóla él atentamente hasta el fin, sin apartar un momento la vista del descolorido rostro de Soledad.

—No me esperaba yo menos, dijo cuando ella hubo acabado. Mi corazon nunca me ha engañado: nunca me prometí nada bueno.

—¿Cómo engañado!

—Quiero decir que nunca me fié en la esperanza; dijo precipitadamente y apartando de ella los ojos: eso quise decir.

Miróle Soledad con inmutado semblante, mientras él se pasaba por el aposento.

—¿Te avienes á dar la criatura? preguntóle con trémula voz.

—Me parece que no debo yo tenerlo encerrado en un chiribitil cuando se le presenta mejor partido, contestó Pantoja con acrimonia. Al fin y al cabo tiene toda la cara de Cisneros y mas sangre de Cisneros que de la mia. ¡Ay! mándale, Soledad, no sea que algun dia reniegue de mí por el amor que me hizo guardarle á mi lado.

—¡Calla! ¡calla, vida mia! no digas nunca esas blasfemias. Volveré á ver á Castellano, me volveré á echar á sus piés, le suplicaré encarecidamente que se duela de nosotros y aguarde todavía un poco. Iré de puerta en puerta á pedir limosna hasta juntar lo de la deuda. Pero mira, cielo mio, no hables nunca así. ¿Acaso no queda ninguna esperanza?

Pablo levantó su fino cabello oscuro hácia atrás, como para aliviar su cabeza de un peso que le rendia: llegóse luego á una ventana, abrió de par en par las hojas, y tambien su propia boca como para alcanzar aliento. Al cabo de un rato volvió á Soledad, y si bien su rostro estaba sereno, habíase vuelto hueco el metal de su voz.

—Si mañana amanece Antonio Castellano con vida, tu marido, Chole, anochece en la cárcel, sin arbitrio el mas leve de trabajar por su libertad. Y allí, allí se secará.

—No sucederá tal, Pablo; que yo estaré sola entonces, dijo ella flaqueándole la voz á pesar de sus esfuerzos, y podré trabajar.

—¿Tú? exclamó recalcando la palabra y parándose de pronto frente á frente de ella. Luego agarrándole su blanca mano, miróla con amarga sonrisa de burla, y pro-